

¿Ausencia de límites juveniles?

Por Eduardo Armstrong

¿Y si los límites que enfrentamos no fueran tales? Si lo que percibimos como límites, en realidad sean algo diferente, ¿podríamos estar errados? Los obstáculos, los riesgos, o lo que puede causar mayor beneficio o daño respecto de lo habitual, o los desafíos que esperan por nuestra oportunidad de probarnos, o las frustraciones y desilusiones, quizás nunca pasaron de ser respuestas sentimentales ante lo que creímos no tener, a lo perdido, o que no pudimos lograr.

Lo limitado y lo ilimitado, ¿podrían ser dos caras de una misma realidad? ¿Un asunto de perspectiva? ¿Es posible derribar límites o solamente podemos superarlos? Los límites ciertamente mantienen diversos aspectos o caras, en acuerdo a la circunstancia particular desde la cual los vemos, por lo que estas líneas son introductorias y no pretenden entregar soluciones, si no, mostrar lo que cada lector determine que podría ser oportuno en acuerdo a sus intereses y al momento de vida que quisiera atender.

Actualidad

Son tiempos difíciles según unos, siempre ha sido igual, dicen otros, pero en algo parece haber acuerdo, y es en que vivimos un período de cambios donde se han alterado las expectativas que mantenemos unos de otros.

Ante la percepción generalizada de una ausencia de límites, y, por otro lado, las intenciones de quienes buscan poner mayores limitaciones como la eventual solución, tanto la sensación juvenil como de no pocos adultos es que demasiada gente no estaría reflexionando como debiera, ya que solo

parecemos interesados en lo que permita obtener logros como éxito, poder o dinero. La vida se percibe como un dejarse llevar por lo que la sociedad propone, representada por la guía cada vez más vulgarizada de medios audiovisuales baratos, a los cuales no les importa el grado de cualquier consecuencia para la vida infantil o juvenil. Sin embargo, cuando el realismo deja de ser materia de interés, tampoco lo serán los valores sociales o los principios culturales, y llegaremos a determinar el bienestar por el monto del beneficio inmediato obtenido; por medios tan inestables como cambiantes ante la total ausencia del sentido de responsabilidad social. En una frase: buscamos libertades y beneficios, sin límites ni costos.

La pérdida del lenguaje es otro síntoma actual bastante generalizado, el cual conlleva una gran pérdida de los significados como del sentido de las palabras, lo que se está traduciendo en una pérdida de las habilidades de comunicarnos. En respuesta a esta pérdida, vemos desarrollarse espontáneamente nuevas formas de comunicación con recursos tecnológicos que promueven el menor tiempo posible de respuesta, pero que, al mismo tiempo, son tan adictivos que nos pueden aislar, creando distancias y esclavitudes que antes no existían. En las relaciones humanas siempre existió la tendencia a despertar el interés y aprecio de los pares, sin embargo hoy se intenta por medio del lenguaje grosero o validando como atrevidas a vulgares actitudes imitativas. En este contexto, las expresiones violentas aparecen con mayor frecuencia sobre todo lo que pueda generar un conflicto o diferencias de opinión, conllevando actitudes desafiantes, las cuales, en esta forma, buscan reafirmar las identidades indeterminadas o poco definidas ante la propia persona. El asunto de la identidad pasa a ser un tema prioritario cuando a los conflictos naturales de cada edad o circunstancia, le sumamos una pérdida en la poder de comunicación, lo que afecta muchísimo la calidad de las relaciones interpersonales; a todo nivel, todo cuesta más porque no podemos comprender bien a los demás, ni a nosotros mismos. La vida sin un lenguaje se llega a ver más compleja, solitaria, difícil y, en ocasiones, insoportablemente inalcanzable.

Por otro lado, a las dificultades para sentirnos apreciados por los pares, se suma el hecho del poco interés por quienes piensan diferente, o la situación incomprensible de aceptar comportamientos que incentivan respuestas extremas, lo cual va causando aislamiento, depresiones o los desastrosos resultados de las angustias y expresiones de agresividad. Sentimientos de dolor y emociones encontradas, las que parecen clavadas en el alma, pero sin un lenguaje hasta los pensamientos nos parecen confusos. Si no parece posible comunicarnos ni siquiera con nosotros mismos, lo que dificulta

comprendernos y comprender a los demás. Acorralados en una vida que nos cuesta mas de lo esperado, todo nos parece justificar esas esporádicas conductas agresivas que sin respuestas percibidas como legítimas y espontáneos desahogos contra quien pueda ser visto como autoridad o poseedora de ese poder y habilidades que aún no sabemos como llegar a encontrar en uno mismo. La frase del día es realmente peligrosa: yo puedo, yo soy.

La familia, como eje social, progresivamente está dejando de verse como un referente válido, similar a lo ocurrido anteriormente con la cultura y las tradiciones sociales. Era una situación previsible y comprensible, cuando parte de la juventud ha visto como, en sus propios hogares, el enorme esfuerzo y trabajo de sus familiares no ha sido suficiente para lograr vidas con la mínima presencia en tiempo para la familia, la cual ahora representa para ellos una forma distante de lo que debió ser fuente de cercanía humana y social. Al mismo tiempo, la juventud parece observadora de como, hasta los que adhieren al actual modelo o sistema de vida, se inmolan sin alcanzar resultados proporcionales a los sacrificios realizados. Vivimos tan juntos pero nos vemos agotados y separados por invisibles distancias, sin presencias, sin tiempos, sin diálogos, que no encontramos la familia efectiva de la cual los adultos tanto hablan. Como si fuera poco, además, estaríamos usando mal la palabra desde el punto de vista juvenil, porque esperan de la familia como de los establecimientos de educación una total ausencia de límites, los cuales son percibidos como restricciones perversas ante la libertad que otorgarían los derechos individuales. En una frase: se habla de familias que no existen, de amores que no existen, de cuidados que no existen, de alegrías que poco se ven y de cercanías que no están.

En materia de orden, recientemente pasamos por medio de públicos procesos de destrucción social, desde una cultura normativa a su opuesto, donde ahora las normas ya poco importan, porque únicamente se busca el resultado posible de obtener. Sin darnos cuenta, todos, pero especialmente los adultos, hemos creado una cultura que se auto descalificó en muchos de sus aspectos, y lo que estamos viviendo son simplemente los resultados. La sociedad ha desarrollado leyes para regir lo que podría no ser aceptado como la nueva convivencia, causada por personas inescrupulosas pero ante una impasividad generalizada. Hoy vemos que, sociedades desunidas hacen a familias desunidas; amistades desunidas fomentan las compañías que no son lo que aparentan ni lo que dicen; y vidas desunidas conducen a formar personas disociadas o antisociales. Hemos descalificado progresivamente a los diversos roles sociales, por lo que, en acuerdo a nuestras expresiones

parece que nadie se salva y que pocos harían lo que se espera de ellos, con lo cual el sentido de autoridad ha pasado a considerarse una causa de desprecio y no de aprecio. Nuestra tolerancia a cualquier forma de convivir o expresión, implícitamente validó nuevas formas de vivir en función de la oportunidad del momento. La tolerancia es una virtud, pero en una sociedad humana sin límites se pueden crear las condiciones para que no haya cabida para la responsabilidad o el respeto mutuo, cuando no existe interés por el compromiso en cualquiera de sus formas. Ante un futuro tan centrado en el individualismo y el exitismo, todo parece conducirnos al egocentrismo y a un narcisismo patológico. Sumado a las nuevas dificultades para el diálogo y llegar a acuerdos, la nueva realidad se muestra esencialmente egoísta, dificultando toda forma de llegar a comprendernos, por lo cual, en consecuencia podríamos estar perdiendo una de las habilidades más básicas del ser humano, la facultad de relacionarnos. Un cambio de conducta y de expectativas sociales que también está haciendo a la reincidencia la consecuencia esperable del comportamiento, afectando la calidad de las relaciones y la convivencia, reduciendo en esta materia las expectativas a lo mínimo que podría esperarse de un ser vivo: al sueño pasajero de pasar un breve momento gratificante para recordar. Si el bienestar pasa a ser aceptado como un estado del momento y no de largo plazo, estaremos creando cambios de conducta y en las formas de relacionarnos que nos harán perder la fe en lo que podemos lograr a futuro. En una frase, el orden social y familiar ha pasado a ser percibido como un desorden donde la estabilidad es una ilusión.

En paralelo, los medios audiovisuales y de comunicación muestran a las vidas exitosas como logros obtenidos en completa ausencia de trabajo honesto y responsabilidad, sustentados mas en la suerte o en el resultado rápido que ofrecen los medios de control y poder fácilmente accesibles, como los que legitiman la violencia o el abuso para acceder a posiciones o dinero por cualquier medio. Juegos y videos audiovisuales entrenan las mentes juveniles para encontrar soluciones donde el éxito pasa por la validación de todo medio a su alcance, y hoy, la violencia extrema o la aceptación de riesgos que aparentan ser entretenciones desafiantes son vistos como formidables aceleradores de los resultados. En una frase: competir no le interesa a nadie cuando lo que se persigue es ganar y, para lograrlo, pocos quieren sentirse limitados, con lo cual todo ha pasado a ser lícito, si ayuda al fin buscado.

El desprecio juvenil por el fomento indiscriminado de la competencia como un medio mágico de solución planteado por grandes profesionales para

alcanzar un nuevo orden social que ofrece soluciones y mayor bienestar automático, ha contribuido a crear una descalificación tácita y mayor desconfianza hacia los adultos, profesionales, académicos y autoridades que promovieron este medio vendría a repararlo todo. Los adultos y sus instituciones nos parecen rendidas ante el dinero y el poder, y la competencia nunca fue tal, ya que se ha sustentado en la ventaja y no en la igualdad; en consecuencia, ha sido otra forma de legitimar abusos sociales y de ver la vida como una secuencia de negocios que benefician a pocos y limitan las condiciones de la mayoría. Pero hay áreas donde se habla de competir y realmente se trata de otro asunto, de buscar probarse, estando los jóvenes dispuestos a seguir sus metas y objetivos con esfuerzos y constancia loable, como hoy lo podemos notar en la práctica y afinidad a los deportes, o con la música y el baile, en los hobbies, en los estudios, o en el voluntariado. Las motivaciones no han desaparecido, pero necesitamos reencontrarlas para transferirlas a las áreas afectadas, reencantando a quienes hoy se pueden sentir tan desilucionados como frustrados por la aplastante realidad que los rodea. La vida sin un sentido que trascienda a la persona no es vida, porque conduce al encierro de sentirse preso de si mismo, y vivir sin límites, nos hace sentir limitados. En una frase: sin poder soñar no hay vida, porque los sueños son invitaciones a superar nuestros límites.

La ruptura relacional y las conductas desadaptadas obedecen a parte de la realidad actual, pero no parecen demostrar una supuesta actitud de rebeldía antisocial. Nadie tiene tiempo ni medios para costosos absurdos, y menos, en una sociedad supuestamente individualista, por lo cual la mayor ausencia de respuestas responsables en público o la actual validación de la violencia, probablemente forman parte de las opciones de reacción frente a la nueva forma de vida. No aceptar reglas ni normas, busca justamente obviarlas para vivir el presente sin esperar someter a nada ni a nadie, incluido a uno mismo. Es un comportamiento bastante consecuente, el cual se observa a todo nivel y, el cual, implícitamente demuestra un descontento social que parece no creer en opciones ni interesarle crearse alternativas. No es nuevo, y hay registros abundantes a comienzos del siglo pasado, bajo el nombre de conductas anarquistas, las que también eran muy violentas en sus expresiones, por cierto. Quizás son actitudes que reflejan el sentimiento de desprecio por si mismo, lo cual conduce a una total ausencia de motivación ante lo que no entrega gratificación inmediata. La violencia juvenil actual vista en los medios, tampoco parece representar la voluntad de entregar un mensaje, pero si demuestra su desprecio por los límites sociales, a los que sienten como despreciables imposiciones para la convivencia; percibidas como malsanas por una parte de la sociedad actual que desea mayores

libertades y un sentido del respeto basado en que cada cual merece poder actuar como desee y donde lo desee. En una frase: la validación de la violencia y agresión juvenil ante cualquier forma de autoridad, refleja la distancia que sienten ante su realidad enfrentada a vidas ausentes de límites.

En otro aspecto, con formas de vidas tan demandantes como las actuales, reducir costos nos está llevando a un mundo sin control: hoy vemos a demasiadas empresas, negocios y trabajos sin los controles adecuados, las instituciones se muestran sin intención de establecer controles sobre sus propias áreas de competencia, y las familias reclaman ausencia de medios efectivos de control ante una realidad que, en algunos casos, parece haberlas sobrepasado. Las consecuencias inevitables ante la simple realidad observable son frustración, desilusión, y demasiadas inconsecuencias entre lo que se espera del entorno y lo que podemos ver o escuchar; pasando estos a ser síntomas iniciales del creciente aislamiento social y familiar, como de la falta de aprecio que desconoce o no cree en lo que la sociedad puede ofrecernos. Estos son fértiles caminos para llegar a la rebeldía, o caretas ideales para no tener que enfrentarse a reconocer el precio por haber descuidado diversas áreas de la propia vida. Es un contexto efectivamente dramático, en el cual la incapacidad de hacer posible un diálogo constructivo puede ser el origen de múltiples consecuencias, especialmente considerando actual pobreza del lenguaje y de intelectos, los que han sido desviados a vivir en el aislamiento de sus juegos y sueños que son ilusiones. Construir una realidad sin límites ha sido no considerar que obedecemos a una nueva realidad sin control, y lo que no tiene fiscalización ni auto control, no podrá sostener ninguna dirección. En una frase: sin límites, la sociedad como las personas, no mantienen objetivos definidos.

De acuerdo a lo anterior, vemos que tanto una sociedad como una persona sin reglas, es un simple ente que adhiere a tendencias, a lo pasajero. Pronto será posible observar la esterilidad de los intentos por advertir sobre las posibles consecuencias, ya que, ante la percepción de ausencia de soluciones, son demasiados o excesivos los mensajes que parecen presentes en una mente; y sin límites previamente aceptados, ellos transcurren sin el indispensable colador sobre lo conveniente e inconveniente, por lo que al ser tantos los mensajes, nos parecen iguales, y la vida podría llegar a percibirse como carente de sentido y sin valor, como una pesadilla. En este nuevo mundo virtual, todos parecen querer actuar como se ve en la publicidad, aspirando a la felicidad artificial que vemos en sus sonrisas, pero sin poder ver a quienes, detrás de ellas, sobreviven en una completa ausencia de felicidad. Cuando la vida que llevamos no es realmente

vida, estamos muertos, lo cual puede traer un nuevo dilema social: morir ya no será problema o causa de temores para quien ya está muerto por dentro. Lo anterior se traduce en que la muerte deja de ser una condición y pasa a ser una opción, por ejemplo: en materia de la delincuencia juvenil, ella solo será percibida como tal por quien la sufre, su víctima, ya que matar será considerado como otro medio de una legítima fuente laboral, para quien valida todo medio. Según eso, morir puede ser visto como acto heroico y no como un fracaso personal; la sanción punitiva o normativa no obtendrá resultados ni impacto social, tampoco el cambio de actitud esperado, porque será percibida como una situación causada por la negligencia que causó dejarse decubrir o el error de permitir su captura. Por lo anterior, al no haber empatía no habrá sentimiento de culpa y si habrá reincidencia. En una frase: las normas y sanciones son ineficaces en sociedades que validan la ausencia de límites, especialmente cuando establecen una tolerancia ilimitada que incluye lo que puede afectar al bien común.

En un aspecto muy diferente a los anteriores, hay ocasiones en que es nuestro acercamiento a los límites lo que puede causar algunos trastornos y son situaciones bastante frecuentes. El siguiente caso ocurrió hace unos años, cuando un envejecido y querido sacerdote se auto exilió a la isla de Chiloe, y se fue lejos del lugar a cuya gente había dedicado su vida en una de las poblaciones mas pobres y rudas de mi país, La Legua. Mi temor fue que muriera lejos de los suyos, de su población, de quienes fueron sus protegidos durante toda una vida. Por el aprecio que me merecía y para no tener que arrepentirme luego, por no haber hablado a tiempo, le escribí unas líneas sencillas que terminaban expresándole mi comprensión por su posible frustración después de tantos años de sacrificios para que, en apariencia, nada hubiese cambiado. Dar la vida por salvar a quienes no quieren ser salvados, y ahora, de viejo, mirar por la ventana para ver los mismos personajes y situaciones, después de mas de 50 años de darse, debía parecerle una desilusión demoledora. Además, con los años, las esperanzas y los sueños llenos de idealismo joven se han ido, quedando la realidad descarnada cuya visión frecuente es la frustración que exprime las pocas fuerzas que aún son fieles cuando hasta el cuerpo reclama su cansancio. No busqué decirle algo novedoso, simplemente apoyarlo, y es por esto que le recordé que no era un dios, por lo cual no tenía derecho alguno a pedir resultados a su vida. Nuestro derecho objetivo es bastante claro: se refiere a hacer el mayor esfuerzo actuando lo mejor posible y no podremos mas. Si ni siquiera somos dueños de la propia vida, menos aún lo seremos de las ajenas. Y continué diciéndole como él necesitaba ver que su esfuerzo no había sido en vano, ya que al morir, todos ellos podrían reconocer a Dios y

no rechazarlo nuevamente. La carta finalizaba aclarándole que su vida ya no le pertenecía, porque la había dado a quienes no se merecían el abandono que podría significarles no tenerlo junto a ellos al momento de su muerte, la cual representaba para todo lo realizado a su próximo e ineludible límite. Y así ocurrió pocos años más tarde, cuando fue despedido por los suyos. El relato anterior nos muestra que cualquiera puede verse afectado por un inesperado trastorno que cuesta dimensionar o evaluar apropiadamente, al vivir tan inmersos en lo que creemos que nos demandan las oportunidades y obligaciones del presente. En una frase: cuando nos acercamos a un límite que no creemos poder controlar, todos nos sentimos apocados, inseguros y el temor a diversas causas nos puede desviar de lo que antes consideramos apropiado.

Valores, principios, moral, ética... ¿límites?

De pequeños se nos habló de la necesidad de tener valores y principios, un comportamiento ético y pensamientos morales acordes con la conciencia, y nadie lo ponía en duda. Pero ya no parece suficiente, porque los valores no son absolutos y dependen del sujeto, por ejemplo sentir afecto o valorar un avatar o a un auto, o ser leal a un ideal corrupto o grupo delictivo. Ante la manifiesta percepción de que tenemos un derecho a vivir sin límites, los principios tampoco son objetivos ya que dependen de las preferencias, según lo cual, como ejemplos, matar o ser perseverante a una adicción o justificar cualquier medio para ganar u obtener un beneficio, ahora son lícitos pero nunca fueron la idea tradicional que se intentaba inculcar. La ética y la moral se refieren a lo inherente a la conducta y el comportamiento, por lo cual, la fidelidad de un sujeto por el objeto de su ocupación, no es garantía de nada, cuando no hay límites establecidos. Y si los hubiera, veamos cuales son estos, antes de calificar nuestras propias preferencias.

¿Qué ocurrió? ¿Cuándo nos perdimos? Quizás partió cuando dejamos de valorar lo que tan lentamente hemos construido en la humanidad por más de 2000 años, ya que los custodios de la ética y moral humana siempre fueron, para bien o en ocasiones, para mal, las grandes religiones. La filosofía es la ciencia del comportamiento y, en este sentido, al menos antes era una verdadera religión sobre la vida. Pero la desvalorización actual de los medios para trabajar el pensamiento religiosamente, proceso llamado de secularización, han demolido la relación entre las religiones y el ser humano. Se ha implantado el germen de la desconfianza mutua, inseguridad y temor, acompañados de una ignorancia despreocupada y sin límites, creando

distancias que ya pocos creen posibles de acortar. El cristianismo, a modo de ejemplo, se aprende, pero consentir o memorizar o releer lo mismo, no sirve de mucho al ser humano y, en ocasiones, lo puede limitar, ya que no somos robot ni entes que deben responder mecánicamente. Consideremos que lo que no se piensa difícilmente puede ser comprendido, una situación que, a nivel del pensamiento individual, la podemos reflejar representada por un tesoro dentro de un cofre muy atractivo, pero vacío. ¿Cuántos realmente aprecian su religión? Porque, en esta materia, demasiados parecen apreciar lo que se les ha ofrecido, mas que la invitación a vivir la experiencia en sus propias vidas. Y no pocos creen que verdaderamente se trata del negocio con el cual confían asegurarse preferencias en el estado de su futura vida después de la muerte. Pero los principios y valores cristianos, la moral cristiana, como los pilares para construir una ética del comportamiento individual que colabore sostenidamente al bienestar social, parecen ser recordados por los menos, quienes reconocen en ellos a una estructura filosófica simple basada en la naturaleza del Amor.

Lamentablemente, vivimos como los descuidados pasajeros, para quienes el presente no es mas que otra estación de sus vidas, actuando sin pensar en lo que hacemos. Olvidando que sin pensar no hay nada, solamente un recipiente vacío el cual puede ser llenado con cualquier cosa, sin importar que. Olvidamos que para cualquier edad el resultado de actuar sin considerar límites valiosos en lo que estemos haciendo, para la mente será lo mismo. Olvidamos que, sin pensar, no puede haber cabida para el Amor; sin el cual las religiones se convierten en sectas, las autoridades en abusadores, los gobiernos en cofradías de oportunistas, las familias en nidos de buitres, la vida en un simple negocio, el tiempo en un presente sin futuro, los afectos en oportunidades para sentir emociones extremas, la fidelidad y la lealtad en sentimientos ante intereses pasajeros, cuyo destino vale tan poco como el nulo sentido del compromiso y la responsabilidad. ¿Esto es lo que queremos? Sin Amor, lo perderemos todo y a todos, el proceso es lógico y simple, no hay misterio para nadie, sencillamente es un asunto de interesarnos por ver lo que nos está ocurriendo como persona: cuando actuamos con, o sin Amor.

El Amor se muestra como lo único que nos permite ampliar todos nuestros límites y extender infinitamente las habilidades. Ya pocos se interesan por recordar que fue el Amor quien vino a nosotros y por nosotros, que permanece con nosotros, y que descubrirlo implica primero lo mínimo: pensarlo. Ya que sin hacerlo parte nuestra, sin que nuestra mente acepte a nuestra conciencia como parte de un todo cuya naturaleza es la integridad

que lleva a la unión interna y externa de cada ser, nada tendremos porque ni siquiera podremos comprendernos.

Un comportamiento sin autolimitaciones es como morir cada día un poco más, y cuando esto ocurre a nivel de sociedad, estamos ante el preludio de una probable extinción social. Sin saberlo, nadie se preocupará demasiado por lo que ocurre mientras se crea que no afecta la propia vida; así todos se creerán seguros, sanos, independientes y dueños de sus actos y decisiones, pero no será lo que parece. Vivir creyendo que somos independientes de los demás, es actuar como seres hipnotizados por la música de nuestro bienestar, el que deseamos obtener pero que aún no tenemos, y por esto, seguiremos como en una fiesta donde la vida fuera eterna y todo ocurriera sin costos ni tuviera consecuencia alguna. Los principios y valores cristianos, la moral y la ética, son los pilares del comportamiento humano, y no porque sean cristianos, si no, porque son naturales y obedecen a nuestra naturaleza; de hecho, podemos verlos en las grandes religiones, en las grandes filosofías, en los grandes pensadores, en lo valioso de este mundo. Si ese tema de interés, está desarrollado en el libro titulado, [Los pilares de la felicidad](#).

Los valores y principios, la moral y la ética no son límites, pero limitan el comportamiento cuando ellos representan el sentido que le damos a lo que hacemos. Dependen de la voluntad, y, por esto, representan las prioridades o principios que determinan lo más valioso, para así considerarlos siempre en nuestro actuar personal o colectivo. A ese conjunto de prioridades con las cuales buscamos guiar el pensamiento, lo llamamos la moral, y cuando esta se ve reflejada en lo que hacemos, en nuestros actos y comportamientos, lo llamamos nuestra ética, la que es visible en nuestra conducta.

Los límites y el comportamiento

Es al acercarnos a cualquier forma de límite, que aparece la doble reacción de incomodarnos para luego cerrarnos, lo que implica una forma de rechazo. Actuamos como si ni siquiera nos interesara conocer acerca de lo que ahora se nos plantea como un nuevo desafío o cambio indeseado. Es como si los seres humanos tuviéramos una aversión genética por todo lo que puede limitarnos y una atracción desmedida por lo que nos ofrece derribar algún límite. Desde el punto de vista del comportamiento, esta actitud tan nuestra representa a las expresiones del pensamiento que nos hace soñar

permanentemente con una mayor ausencia de límites, a los cuales miramos como las amenazas inminentes que se ciernen sobre el futuro. Ni hablar de cuando el límite es impuesto por alguien cercano a nosotros, inmediatamente nos sentimos sorprendidos, atropellados y vulnerados, masticando rabia nos parece absurdo buscar su causa o alguna buena razón, eludiendo pensar que posiblemente limitarnos podría no ser un insulto y posiblemente mas conveniente de lo que imaginamos.

Pero, ¿cuáles son nuestros límites? ¿Cuántos son los límites? ¿Qué son? Los límites establecen los rangos de lo aceptable en función de lo conveniente, pueden representar a nuestras inseguridades como también a las seguridades. La vida exige cuidados y los límites auto impuestos vienen a ocupar lo que la prudencia y la precaución establecen como conveniente. En cierta forma somos pedazos de un todo en formación, es con los años que lo vamos notando cada vez más, cuando nos reconocemos como partes de lo que fuimos y de lo que pudimos ser, o limitados por lo que nos hicimos y por lo que no hicimos. Sentimientos que nos demuestran como aún con avanzada edad seguimos esperando por la gran oportunidad: la promesa de poder ser, de llegar a ser quien tantas veces soñamos ser.

Limitar es restringir, demarca lo que no puede verse sobrepasado. Se refiere a lo que restringe, tanto hacia afuera como hacia adentro, muros mentales que levantamos para protegernos o para proteger a otros del daño que nuestra conducta pudiera causarles. Al limitar, en este caso, establecemos los alcances que nuestra conciencia demanda, cuando en nuestro beneficio objetivo estos no debieran ser sobrepasados.

En cambio su opuesto aparente, la libertad, se nos muestra amplia y superficialmente como la ausencia de límites, pero no pasa de ser una sensación alcanzada cuando nos permitimos ir mas allá de lo que establecía lo conveniente o inconveniente. Percibimos a la libertad como una sugerente invitación a extender nuestros límites, a movernos mas allá de lo que daña o favorece, siendo ella como la madre intelectual para lo que pensamos o soñamos poder llegar a vivir. Pero su riesgo es creer real o posible lo que puede estar mas allá de la realidad objetiva, y desviarnos de lo que estimamos podría acercarnos a lo deseado, olvidando que, en ocasiones, abusar de ella puede conducir a situarnos mas allá de lo conveniente. El libre albedrío señala una supuesta condición humana que nos faculta para decidir por nosotros mismos, de manera independiente, autónoma, y con la capacidad de sobreponernos a cualquier forma de presión. Implícitamente, esa definición nos permite observar que libre no significa ajeno a

inconvenientes o a situaciones que puedan ser vistas como amenazas para lo que demande nuestra posición o voluntad. Luego, la libertad parece estar suscrita a la realidad que la defina, a sus límites, según lo cual, actuar sin considerar límites sería irracional y contrario a lo que nos señala la propia conciencia, por lo que el probable resultado no debiera extrañarle a nadie. Trataremos en consecuencia de acercarnos a lo que responde la siguiente pregunta: ¿es mas libre quien no pone ni acepta sus límites, o quien los establece libremente?

Nos cuesta aceptar que vivimos rodeados de límites que no vemos, y que sin los cuales la vida humana no sería posible. ¿Quién podría enfadarse con la limitación que implica un semáforo? ¿O por tener que cerrar la puerta luego de entrar a su casa? ¿O por tener que respetar una norma básica de convivencia? ¿O por no ser imprudente y evitar una irresponsable causa de daño? La libertad es el reflejo de los límites que acepta nuestra voluntad, así como espacialmente definimos lo que mantiene su forma como aquello que mantiene sus límites. Libre, quizás se refiere mas objetivamente a otro asunto, al sentimiento de paz serena que tanto apreciamos ante la posibilidad de no sentirse esclavo de lo que afecte nuestra felicidad.

Limitaciones y libertades realmente parecen hermanas, o si se quiere, a las dos caras de una misma naturaleza, porque no es posible comprender o aceptar a una sin la otra. Quizás jamás debimos separarlas, siendo las dos caras de una misma palabra, ante una misma realidad. Según lo cual, toda libertad conlleva sus limitaciones, como cada limitación es una consecuencia que implica un acto previo de libertad. Son dos, parecen dos y son una. ¡Imposible! ¿La libertad puede ser una limitación? ¡Sería una contradicción! Pero, ¿y si objetivamente fueran lo mismo? ¡Piénsalo! Quizás valga un poco de tu tiempo mantener una postura ante semejante absurdo ¿o genialidad de la naturaleza de la vida?

En acuerdo a lo señalado, la libertad no es la ausencia de límites, y podría referirse a la facultad de elegir bien. Si todo lo creado, por definición está sujeto a sus límites, ya que la forma es la consecuencia de los límites que la definen, entonces todo lo que nos rodea en la naturaleza sería consecuencia y, en este sentido, podemos observar que todo está delimitado. Según el postulado anterior, lo único que no tendría límites sería lo que no ha sido creado, y ello se refiere, por lo tanto, a lo que no es nuestro, donde el Amor ocupa el primero y mas destacado lugar en nuestra existencia.

Si es válido lo señalado anteriormente, significa que un ser humano que pretende llevar o conducir una vida sin limitaciones, está actuando carente de todo sentido, de realismo, de racionalidad y bajo una postura antinatural. Los límites son un elemento natural y condición de la misma realidad, a la cual delimitan y, en consecuencia, la definen, por lo que jamás estarán ausentes.

Quizás, el asunto siempre estuvo en poner la mirada en otro lugar, anteponiendo como prioridad al sentido que le damos a nuestras libertades, lo cual estaría definiendo naturalmente los límites que voluntariamente podemos aceptar y rechazar. Elegir, es una consecuencia de la voluntad y la libertad, pero al ejercer esta facultad buscamos alterar una realidad, excluimos e incluimos preferencias y, en consecuencia, al actuar estamos desplazando límites, alejando unos y acercando otros.

Somos: ¿Limitados o ilimitados?

Lo ilimitado se refiere a lo infinito, ajeno a lo humano pero que está presente y a disposición del ser humano, porque es alcanzable. ¿Somos seres limitados que pueden de verdad alcanzar lo ilimitado? Parece otra contradicción y, posiblemente, debido a esto entre otras causas, nos cuesta bastante comprendernos y tan poco extraviarnos en la vida cotidiana que llevamos. Si vivimos para cubrir las propias necesidades y atender las oportunidades que se nos presentan, sufrimos por los propios padecimientos, buscando mayores libertades y demostrando poca preocupación por lo que puede limitar las libertades que ya poseemos. Y en todo lo que nos afecte, no faltan quienes responsabilizan a Dios aduciendo que virtualmente todo ocurre por Su voluntad, ya que, o lo causa o lo permite, señalando una falacia teológica casi tan grande como la ignorancia que representan tales ideas. Además, el problema de la comunicación humana con Dios nunca ha estado en las condiciones, si no que en las limitaciones que anteponeamos a la realidad que vivimos. Él siempre está para nosotros, y somos nosotros los que no estamos siempre para Él; en este aspecto, no veo que haya tantos límites como pensamos, pero si hay tantos límites como nosotros antepongamos, y por otro lado, no todo es como lo vemos. Aunque, es posible que, con mas frecuencia de la esperada, ocurra que los verdaderos y mayores límites no los vemos, al menos oportunamente, ya que los establecemos al ocuparnos de lo que no debiéramos. Pero claramente, lo que no tiene límite alguno son las manifestaciones de nuestro Amor, nada

de lo que podríamos anteponerle puede limitarlo, y acontece así porque el Amor no sabe de medidas ni de límites, solo de ausencias y presencias.

Parece que mientras más conceptos trabajamos, más nos encontramos con lo inesperado y la pequeñez de un ser humano bastante limitado por donde se lo mire, aunque nos duela el ego reconocerlo. Nuestras grandezas las debemos todas, al Amor, a la riqueza que significa el poder disfrutarlo y compartirlo, a terminar la finitud de la vida cuando alcanzamos lo eterno, a poder desprendernos de lo que nos empequeñece para embarcarnos en lo que nos engrandece desde lo más increíblemente humilde, pero cuya belleza ilumina nuestras vidas. En la realidad humana, el Amor es la puerta para la verdadera libertad y el camino hacia lo único que no tiene límites para nosotros.

Y hablando de libertad, ¿podemos ser lo que queremos realmente? ¿O dependerá del significado y alcances que le demos al sentido de ser? Porque ser lo que se quiere o desea, objetivamente implica seguir una voluntad sin reconocer a límite alguno, con lo cual el individualismo representa nuestra ausencia. En cambio, cuando somos lo que el Amor nos pide, significa que estamos anulando lo que queremos y deseamos, para disponer la voluntad hacia lo que tiene límites, transformándonos para llegar a ser presencia, para otros, y por su intermedio, finalmente también para nosotros. La mecánica del Amor, para el ser humano, es circular, todo nace de un punto, para llegar después de un largo recorrido, al mismo punto. Un filósofo oriental podría describir esta realidad natural con las palabras siguientes: lo que damos, recibimos.

Es cierto que lo anterior podría parecer que contradice lo que respecta al postulado, “si yo estoy bien, tu estás bien, pero no parece que exista una contradicción, ya que ambas posturas ofrecen lo similar, mientras se sostienen sobre realidades y alcances diferentes. Para el Amor, su postulado es, “si tu estás bien, yo estoy bien”, el cual se refiere a la facultad de transformar el orden de los acontecimientos. Para el Amor lo principal es el sentido, la dirección y la motivación, lo demás es irrelevante o consecuencia, bienestar. La actitud despreñida para encender el Amor es lo efectivamente esencial, por lo cual, el yo, la identidad, se construye a partir de una proyección en el otro, quien es motivo y causa para una voluntad puesta en acción. Para el Amor, no puede existir el yo sin el otro, requiere de su presencia, haciendo que la personalidad sea construída libremente a partir de como nos relacionamos y vemos en relación a los demás. Para el Amor, el yo, la personalidad más profunda, auténtica y única, se construye a partir

del estado de conciencia mutua, del poder llegar a ser parte de algo que nos supera y trasciende, de una comunidad sin la cual no podremos ser, ni llegar a ser. Para el Amor, lo infinito ocurre y transcurre a partir del momento en el cual reconocemos al significado de nuestra comunión, donde la diversidad mutuamente aceptada implica, en si misma, un infinito y eterno desplazamiento gradual de todos los límites conocidos. Finalmente, y, por lo tanto, para el Amor, el yo único se obtiene y reconstruye a partir de la convivencia en comunión, como fuente y destino de nuestras relaciones personales.

Para la sicología, consideremos que las relaciones se establecen entre o a partir de las posiciones, sin embargo el Amor no habla de posiciones, porque se ocupa de lo que está entre las personas o posiciones, del flujo de energía que puede despertar la relación, y la que mantiene tanto un sentido como un orden definido. El sentido del Amor siempre nace de una persona y le siguen luego mas, ya que su orden lleva al establecimiento del sentido universal al cual todos son invitados. El Amor no es excluyente, no es particular ni individualista, esencialmente, es universal e inclusivo, por lo que el alcance de sus efectos puestos en marcha siempre serán infinitos y eternos: lo que no hagamos nosotros lo hará el tiempo, a partir del humilde y aparentemente insignificante gesto inicial en el cual un pequeño ser, puso su Amor. Donde no puede evaluarse ni valorarse una condición por el mismo ser que la genera, ya que sería una rigidez limitada, para lo que le corresponde a quien puede verse afectado. Ausencia y presencia, son formas de expresar algo, o mas bien, de manifestar lo que buscamos poder ofrecer; somos, en acuerdo a lo que podemos llegar a ser para el otro: una esperanza perdida o ganada.

Ser, intrínsecamente representa la condición de ser visto como una esperanza, lo cual ocurre en todo orden o nivel de relaciones humanas. Aunque con demasiada frecuencia nos olvidamos o no tenemos en cuenta que, como personas, siempre estamos representando una esperanza para el prójimo, hasta que la hacemos realidad o la convertimos en ausencia, en lo que pudo ser y no fue. Por lo mismo, nuestros mayores límites están representados por el peso de lo que cargamos, por todo lo que pudo ser y no fue, por esas ausencias cuando debimos estar para otros y ser presencia. Me refiero al peso de aquello que no podemos olvidar al no ser posible perdonarnos, a lo que merece nuestra vergüenza o la carga de un dolor ante lo irreparable. Dicen que el sacramento de la confesión pone límite a nuestras cargas, pero sin olvido, lamentablemente su peso permanece, y la única esperanza pasa a ser que la muerte pueda llevarse lo que es tortura para la memoria. Los alcances de lo que no hacemos nos cuesta reconocerlos, son

demasiadas las veces que nos oponemos a poner límites hasta que ya es tarde. Nos cuesta comprender que vivir sin límites no es vivir, es morir, porque es terminar padeciendo las consecuencias de recordar esos momentos cuando no quisimos aceptar a un límite que debimos considerar.

La sana disciplina se refiere a condicionar nuestro comportamiento poniendo los límites que nos permitan lograr los mejores resultados. Quizás, lo que más nos coarta nunca fueron los límites que reconocíamos, si no que los ausentes; ya que, así como no puede haber voluntad sin disciplina, no puede haber libertad sin límites.

Si la vida misma podríamos verla como a los límites y la libertad, porque ella mantiene demasiadas aparentes contradicciones, las que no son más que diferentes rostros de lo mismo. Nos cuesta comprenderla, comprendernos, o comprender a los demás en lo que desean o esperan de nosotros; todos comenzamos creyendo que vivir era dedicarnos a satisfacer nuestras aspiraciones, y terminamos creyendo que vivir es dedicarnos a satisfacer las aspiraciones ajenas. Al final, lo más probable, es que vivir sea un poco de todo, pero las prioridades y el sentido que le otorgamos a cada paso que demos importa, tanto para nuestra felicidad como para la ajena.

Para extender nuestros límites

Vivir extendiendo límites tampoco es un asunto sencillo, cuesta vivir adecuadamente cuando no podemos ver lo que nunca hemos buscado porque no le dimos importancia. Vivir no se trata de cuanto o cuando nos sentimos miserables, como de no hacer sentir la miseria ajena; no se trata de que nos respeten, como de cuanto respetamos; no se trata de adquirir más conocimiento, si no de pensar más; no se trata de correr, si no de llegar; no se trata de levantarse, como de recaer cada vez menos; no se trata de ver, como de comprender; no se trata de aspirar a más, como de respirar más; no se trata de salir a buscar, lo que a nuestro lado podemos encontrar; no se trata de ser feliz, como de hacer feliz; se trata de comprender que no tendremos paz hasta encontrar la verdadera, la de todos; no se trata solo de lo que hacemos, como de lo que pudiendo no hicimos; no se trata de rezar ni de actuar, como de hacerlo con Amor; no se trata de mi familia, si no de nuestras familias; no se trata del insulto recibido, como del que hemos dado; no se trata de cuanto recibimos, si no de lo aportado; no se trata de ganar, si no de apoyar; no se trata de lo que hablan de mi, si no de como hablo de los demás; no se trata solo de lo que he dado, como de cuanto aprovecho

lo que he recibido; no se trata de colaborar, si no de como participamos y para qué lo hacemos; no se trata de los recursos renovables, como de renovarnos; se trata de comprender que educar no es adquirir conocimientos, porque es aprender a administrar conocimientos; no se trata simplemente de compartir, si no de comprender el significado de poder compartir; no se trata de extender nuestros límites, si no que de reconocer a tiempo lo que nos puede limitar innecesariamente. La lista es infinita, los límites son infinitos y nuestras posibilidades son infinitas.

Y si la clave de la vida está en el Amor, ¿será posible que todo apunte a integrarnos? Si fuera de este modo, vivir ya no se trataría de dar, si no también de recibir; no se trata de ofrecer, si no también de lo que recibimos; no se trata de derechos, si no también de obligaciones; no se trata de la libertad, si no de las libertades; no se trata de ganar, si no de lo que ganemos; no se trata de intentar ser lo que no somos, si no de mejorar; no se trata de lograr el éxito, si no de hacer todo lo mejor posible; no se trata de ser amable, como de no ser un peso para otros; no es vivir para superar a otros, si no para superarnos; no se trata de hacer el bien, cuando no causar daño ya parece suficiente; no se trata de sobresalir, si no de ayudar y de participar; no se trata de no arriesgarse, si no de cuanto arriesgo por los demás; no se trata de pedir disculpas, si no de evitar tener que pedir las; no se trata del sentido de mi vida, si no de nuestras vidas; no se trata de evitar sentir presión, si no que de no presionar; no se trata de como juego, si no de como jugamos; no se trata de ser feliz, si no de sentirnos felices; no se trata de buscar la alegría, si no de aprender a no perderla; no se trata de ser prudente, si no de evitar la imprudencia; no se trata de no agredir, si no también de evitar ser agredido; no se trata de aprender a amar, si no también de aprender a ser amados; no se trata tanto de recibir, como de corresponder; no es un asunto de velocidad, si no de ser paciente; en lo que hacemos no se trata de obtener reconocimiento, si no de reconocernos; no se trata de buscar que no tenemos, si no de encontrar lo que tenemos; no se trata de sentirnos apreciados, como de hacer sentir nuestro aprecio; no se trata tener mas amistades, si no de ser persona y amistosa; no se trata de lo que deseamos, si no que de no ser indiferentes; no se trata de disfrutar, si no de hacer disfrutar; no se trata de conocer, si no de conocerse; pero no tanto de conocerme, como de reconocermme, porque nunca se trató solo de mi, si no de aprender a ver lo que en mi hay para todos; para que finalmente, vivir sea simplemente compartir, participar e integrarnos, sin ser mas ni menos de lo que se espera de nosotros, iguales entre la riqueza de una diversidad infinita en la cual ya no veremos límites y solo a simples condiciones.

Vivir es ir encontrando las respuestas que amplian nuestros límites y horizontes, aún cuando no pocas precedan a las preguntas. En cierto aspecto, las preguntas también pueden limitar o condicionar las respuestas que buscamos, con lo cual la intuición, el sexto sentido, la previsión, o la premonición, son diversos nombres para lo que simplemente podría verse como otra prueba de que cuando buscamos conocimientos, sencillamente estamos intentando reconocer, porque de esta forma nos reconocernos.

La ausencia de límites puede ser tan dañina como su exceso, pero lo realmente destructivo parece ocurrir cuando llevamos una vida ausente de un sentido valioso, sin darnos cuenta de que vivir ya es un privilegio, un poder infinito por descubrir y desarrollar. Por lo mismo, no es posible omitir un tema que expande los medios y reduce los límites naturales en la infancia como lo es la educación, la cual sin formar, puede generar condiciones donde las opciones lleven a inconsecuencias. Por ejemplo, una sociedad educativa excesivamente abierta y tolerante, la cual simultáneamente demuestra abierta intolerancia y discriminación no inclusiva hacia todo lo que tradicionalmente ofrecieron los principios y valores humanos, por medio de fuentes históricamente confiables, como lo fueron las religiones que acompañaron al desarrollo de las naciones, las cuales debieran ser también parte de la oferta educativa pública. La realidad actual es temeraria, ya que supone posible solucionar los conflictos por medio del diálogo entre personas que no reconocen límites y cuyo lenguaje está perdido en el pasado. Educar a una sociedad que no desea reconocer límites, podría ser una contradicción, ya que es opuesta en aspectos esenciales a la naturaleza del ser humano. Veamos algunos ejemplos: los límites para dialogar los establece la cultura social, planteando referencias o los aspectos comunes que facilitan la comprensión mutua y permitan llegar al acuerdo. Pero cuando se han demolido sistemáticamente las bases sociales y culturales, enfrentamos un vacío, la nada, a lo que no tiene significado porque puede tener el que se desee, ya que lo opuesto ahora se estima una parcialidad. Por ejemplo, para una profesora formada, la palabra mentira tiene una connotación gravísima que invita al cambio o a reconsiderar la postura que pudo justificar el hecho; pero, al mismo tiempo, para la alumna puede no tener connotación alguna, especialmente si su entorno social y cultural ha priorizado únicamente obtener resultados por cualquier medio. Para ella la mentira puede ser otro simple recurso y, además, el ser descubierta no será percibido tampoco como delito, si no como el error de haberse dejado atrapar. Familiarmente, ocurre lo mismo en casa, cuando en su medio familiar y social probablemente se actúa en consecuencia. En esta realidad, la rectitud moral probablemente esté subordinada al resultado, a obtener, al

negocio, a lo que se busca adquirir o disfrutar, pero los medios no se cuestionan y ni siquiera son tema. Lo anterior es un fenómeno cultural y social transversal, no es propio de un estrato particular, y la percepción del delito no existe donde culturalmente se validan resultados sin considerar los medios de obtenerlos. Esta realidad nos distancia como sociedad, ya que centra los objetivos del comportamiento en los resultados y nada más; dialogar o enseñar puede hacerse complejo e ineficiente, ya que frente a parámetros culturales tan diferentes a los tradicionales, para las actuales generaciones pueden llegar a ser nulos cuando vivimos inmersos en una realidad que no acepta los límites, ya que se vive por los objetivos y en función de obtenerlos. Siguiendo el ejemplo anterior, copiar en un examen ya no parece dañino para la formación personal o un delito, pasando a ser un medio; y si te pillan, esta sí será una falta, pero la de haberse dejado sorprender. Sin una connotación moral o si esta es tan amplia como diversa, las palabras, el lenguaje o el diálogo, serán vistos como esfuerzos estériles y no como medios para resolver conflictos o establecer acuerdos. La sanción como medio de persuasión tampoco será eficaz, ya que la percepción o el significado de los hechos y acontecimientos será visto de formas radicalmente diferentes, porque sin límites no habrá condición y todo parecerá lícito en la medida de que, para la persona, el hecho sea considerado posible. Este es uno de los grandes riesgos de la ética de lo aparente, del supuesto beneficio del falso exitismo actual, de centrar la individualidad en el yo, de no desear mostrar ni poner límites a la comodidad, o de no rechazar lo que pueda permitir obtener beneficios o satisfacciones a cualquier costo ajeno. En una sociedad cuya cultura no reconoce sus límites, no será posible dialogar y lo notaremos ya que todo se negociará, y seguirá de esta forma hasta que inevitablemente, tarde o temprano, se enfrente a sí misma.

En el actual contexto, la ausencia de límites juveniles no parece más que otro mito actual, ya que obedece a la misma realidad que vemos en el comportamiento de los adultos, como era de esperarse. Pero el problema generado en la actualidad mantiene un ingrediente adicional, es que ante el conflicto ya no disponemos de las herramientas mínimas, como habría sido el diálogo en el pasado, porque el lenguaje ha sido descuidado, y a tal punto, que las palabras hoy carecen de un mismo sentido y significado. Enfrentamos una realidad donde cada cual interpretará todo como desee o le parezca conveniente; sin límites, se habla de contextos, lo que implica interpretar en acuerdo al parecer individual, dificultando establecer sintonías y obteniendo contactos mucho más complejos.

Aceptando las libertades sin límites, siempre terminamos restringiendo nuestras libertades. Será la juventud la que deberá restablecer lo que los adultos permitimos que se perdiera, la transición no será fácil pero tampoco es imposible.

Desafíos y crecimiento

Nos cuesta aceptar ante los demás que los adultos tenemos límites, o que, con frecuencia, no tenemos la razón en lo que defendemos o creemos, como ocurre igualmente a los jóvenes en sus convicciones. Quizás a todos nos ocurre igual, sin embargo, nos creemos diferentes. Tendemos a convencernos de que nos gustaría que ocurriera lo que más nos acomoda, creemos construir realidades a partir de nuestros deseos y creencias, pero la realidad transcurre a su ritmo natural y es poco probable que un deseo o creencia pueda afectarla. Nos pasa algo similar al buscar pareja, al definir una vocación, con las creencias religiosas, en las expectativas que tenemos de los demás, etc. Lo mismo con los valores y principios, si hasta con el Amor, o a Dios mismo le asignamos fuerzas y poderes en acuerdo a nuestros sueños, esperanzas y conveniencias. No se trata de luchar contra nuestra realidad o contra este tipo de tendencias, únicamente, pareciera ser prudente tenerlas en cuenta cuando queremos ser más objetivos. Cada cual puede estar convencido de lo suyo y parecerle errado o impropio un aspecto ajeno, por eso lo importante es ser más comprensivos, compasivos y pacientes cuando nos vemos afectados por otros. Pero el límite a la tolerancia debemos mantenerlo, ya que se trata de nuestra prudencia y conciencia, por lo tanto debe ponerlo y aceptarlo libremente cada persona o comunidad, especialmente, para evitar que se afecte al bien común. En una frase, demasiadas veces defendemos posiciones que creemos justas, verdaderas, mejores, convenientes, etc. y nos limitamos al olvidar que casi nunca eso representará lo más importante; porque tener la razón puede no significar nada cuando descuidamos lo principal para otra persona, o a lo que realmente importaba como lo verdaderamente superior para todos. ¿Cuándo aprenderemos?

Los límites también tienen otras características positivas que son especiales ya que nos estimulan a sobrepasarlos, me refiero a los desafíos. Crecer, implica ampliar los horizontes y capacidades humanas, lo cual se produce extendiendo los límites que nos afectan. Los desafíos representan a los retos que implican diversos aspectos de la vida, son una invitación a la aventura y la necesidad de asumir nuevos riesgos, aceptando emprender un esfuerzo

superior para buscar la solución o logro que esperamos que pueda aumentar el bienestar.

Los límites, como anteriormente hemos visto, se relacionan con nuestra libertad, con nuestras posibilidades y habilidades. Representan desafíos para quien acepta enfrentarlos, lo cual demuestra que no son rígidos ni estáticos, pero exigen nuestro respeto, ya que al sobrepasarlos sin la prudente auto disciplina o preparación adecuada, pueden conducirnos a fracasos y accidentes.

Crecer es la forma visible del desarrollo que nos permite desplazar gradualmente nuestras limitaciones, y he aquí otra belleza de la vida, cuando, vemos quienes somos: seres limitados que disponen la capacidad de crecer eternamente. La vida siempre sorprende y nos maravillará, porque ser limitados podría no ser un impedimento, y mas bien, lo que nos obligue a ser mas pacientes, considerados, respetuosos y agradecidos con la realidad que nos rodea. Para terminar esta idea, ayuda comprender que puede ocurrir lo que poco esperamos, que el ser humano sea quien fije sus límites en el tiempo y no las circunstancias; lo cual, estaría determinado por la identidad que refleja el carácter y la personalidad, aplicada sobre las condiciones, por medio de las habilidades y preferencias expresadas por cada persona.

Aunque es en nuestra temporalidad donde mas fijamos la mirada diariamente, casi todo lo que hacemos ocurre en función de lo que creemos que puede ser mas o menos, porque nos cuesta pensar sin delimitar lo que nos acontece. Necesitamos encasillar, comparar, definir o limitar todo pensamiento, palabra, persona o circunstancia, para poder pensarlo. Y cuando la distancia con la solución parece mayor, nos parece que carece de sentido todo; nos cuesta aceptar que necesitamos pensar una nueva realidad donde las comparaciones y limitaciones no tienen cabida, porque fuera de nuestra breve y limitada temporalidad todo se nos muestra subordinado a una nueva forma de existir y convivir, la cual hoy podemos vislumbrar gracias a que siempre ha formado parte de nosotros. Si para ver mas, tan solo necesitamos aprender a no descuidar ni despreciar lo que nos ha sido dado. El reino del Amor al que estamos llamados, es el reinado de lo nuestro, de lo que somos y seremos, de lo que tenemos y llevamos ahora con nosotros sin aún reconocerlo plenamente. Es el reino de nuestra identidad, de la que nos hace hijos, hermanos, iguales y únicos; donde hay cabida para todos porque la ley que nos rige es la misma para todos, estando escrita en todos, aunque no todos la acepten. Una sola ley comprendida en una sola palabra que puede señalar desde aquí, desde lo limitado a lo

ilimitado; puede mostrarnos lo mas grande, desde lo mas humilde; es una palabra sencilla, cuyo significado se aprende por medio de lo que nos hayamos desprendido; palabra que carga las profundas heridas de quienes protegen lo mas querido; palabra despreciada por tantos, aunque ella puede reparar y sanarnos; palabra transgredida, porque ella si respeta nuestro tiempo y libertades; ella es y será siempre la última palabra, porque el Amor fue para todos lo primero, para luego representar a lo único que nos permite romper nuestras cadenas, liberándonos de los mayores y auténticos límites, los que nos acosan desde nuestro propio interior.

El Amor visto desde afuera, se muestra como si en la vida estuviera escrito un mensaje para nosotros, esperando para ser descubierto, libre y voluntariamente. Es un mensaje que facilita determinar la dirección de nuestras preferencias; nos facilita asumir o aceptar quien somos; pero no señala un punto o meta en la distancia al cual aspiremos llegar, si no que muestra un camino hacia el infinito desconocido; por eso nos invita señalando, indicando una dirección que es la suya, como buscando ser aceptado y acogido. Es cuando la presencia de límites forma parte de una realidad natural mas integral, por lo que al elegir nuestra dirección determinamos también la de nuestro destino; y esta es la mayor libertad que un ser vivo puede llegar a disponer. Sin libertad, no sería posible encaminarnos en la dirección del Amor que llevamos dentro de nosotros, y por esto, el precio de la libertad ha sido pagado a tan alto costo.

Otra forma de ver la naturaleza que nos rodea, sería considerar que el tiempo que conocemos quizás no sea mas que una realidad personal, una percepción, posible de observar y definir para fines limitados. Es tu tiempo, el cual estaría inmerso en la otra, la auténtica dimensión del espacio tiempo a la cual todos hemos sido invitados al nacer, desde que fuimos un soplo de luz integral. Esto representa la oportunidad ir reconociendo gradualmente lo que tenemos, lo que somos y lo que podemos a llegar ser; y en no pocos aspectos, el tiempo nos permite dejarnos envolver en esta nuestra limitada realidad, por un proceso sin límites: el de vivir. ¿Pero que es vivir? Es el valor de poder Amar y ser amados, sin límites, lo que cada ser debe descubrir por si mismo.

Lo anterior es posible de observar en múltiples situaciones, pero siempre a través de dificultades como algunas distorsiones causadas por la mecánica de la mente, las que nos afectan con frecuencia. Por ejemplo, veamos nuestra gran tendencia a preferir las decisiones temporales de corto plazo, llegando hasta a no querer considerar las de largo plazo o las atemporales.

Nuestra mente tiende a preferir buscar los resultados con beneficio inmediato, evitando interesarnos por lo que implique un proceso extendido en el tiempo; de este modo, sin darnos cuenta, nos creamos una visión parcial y limitada de la realidad que suponemos completa, omitiendo demasiadas veces considerar lo que nos está proyectando en el sentido de lo atemporal. Otro ejemplo, es la tendencia a calificar en base a limitarlo todo bajo la forma de una definición, como lo es definir como bueno o malo, de saludable o su opuesto, de amable o su opuesto, de razonable o irracional, conveniente o no, etc. Lo anterior es causado por la visión primaria de la realidad temporal, donde además de priorizar lo inmediato, se busca ahorrar o no malgastar energías en lo que ya la mente considera pasado, mentalmente; pero al tener los conceptos encasillados, sin darnos cuenta, nos abrimos a formas de pensar y resolver mas veloces, las cuales demandan menores demandas de energía, y creamos los prejuicios. En el proceso anterior ya notamos que los prejuicios responden a los pensamientos de una inteligencia sustentada en el pasado, por lo que nos hacen descuidar el futuro que, en parte, está determinado por las consecuencias de como hoy vivimos. O sea, el proceso mental que aceptamos o priorizamos, puede ser muy útil, como también establecer límites innecesarios cuando dejamos de permanecer flexibles y abiertos a evaluar mas cuidadosamente las circunstancias desconocidas que nos va deparando el futuro inmediato, lo que acostumbramos llamar nuestro presente. En acuerdo a todo lo anterior, es posible que la inmensa mayoría de nuestras limitaciones sean en parte resultado de nuestras acciones y rigideces, y no recibidas por causas ajenas o por las circunstancias, como habitualmente pensamos. Por ejemplo, el impacto de cualquier circunstancia es relativo y no absoluto, ya que probablemente nuestra realidad dependerá mas de los medios o recursos disponibles, que de cualquier otra causa. Parece no tener sentido que la mayoría de nuestras limitaciones dependan de nosotros, y por lo tanto, dependemos de nosotros mas que de nadie mas para poder superarlas, aunque pensamos lo contrario.

Parece que no es posible eludir las consecuencias del dicho que dice, *el que busca encuentra*; por lo mismo, quisiera recordar a la frase que parece caminar en paralelo, pero sobre la que poco o nada se habla: *lo que busques, encontrarás*. Sería un descuido no terminar hablando de ellas, ya que muestran maravillas de esta vida, desafíos muy apreciados con el tiempo, pero los que también implican un riesgo latente cuando evitamos prevenir los resultados y consecuencias de lo que hacemos. Al despreciar lo que el Amor ofrece y puede darnos, sin darnos cuenta, levantamos nuestros mayores límites, a los cuales únicamente el Amor podrá luego derribar,

cuando busquemos retomar lo perdido para recuperar nuestra libertad y capacidad de crecimiento.

Para quienes logren descubrir el valor de elegir correctamente sus límites, una vida sin límites será realidad en los contextos que estos determinen. Ser implica reconocerse en una identidad, la cual logramos al delimitarnos. Los límites nos definen, gracias a lo cual podemos reconocer lo que es ilimitado para avanzar en su dirección, hacia nuestra auténtica libertad.

Cuando jóvenes todo nos parece tener un límite, y soñamos con el desafío de lo que aparenta extenderlos o no tenerlos; luego, como adultos aprendemos a enfrentar nuestros límites; pero es al final de la vida cuando nos enteramos de que los límites no eran lo más importante y que debimos haberle dedicado más tiempo a lo sencillo, simple, cotidiano y cercano, es entonces cuando comprendemos nuestro descuido, al no haber apreciado lo que tuvimos, porque no reconocimos en la humildad a lo que no tenía límites.